

contra Carlos el Malo, lo venció en Cocherel, hizo prisionero á su general en jefe Juan de Grailly, el famoso adalid de Buch, y destruyó completamente su partido. Despues de haber vencido al rey de Navarra, abrazó la causa de los Penthievre, pero no con la misma fortuna. Los Ingleses lo hicieron prisionero en la batalla de Auray, y la muerte de Carlos de Blois aseguró el triunfo de la casa de Montfort (1365). Duguesclin no recobró la libertad mas que para sacar de Francia á las *compañías* (1366). En virtud de los consejos de Carlos V, se puso á la cabeza de aquellos bandoleros, y los llevó á servir en España á Enrique de Trastamara, el Bastardo, en guerra con su hermano don Pedro el Cruel. La fortuna favoreció sus primeros pasos, pero luego fue hecho prisionero por el príncipe de Gales (1368). Carlos V lo rescató y se sirvió de él contra los Ingleses.

La ocasion era favorable. Para sostener las últimas guerras, Eduardo y el príncipe de Gales se habian malquistado con el pueblo imponiéndole ruinosos tributos. El clero y la nobleza estaban tambien quejosos. Carlos V oyó sus quejas y compadeció al parecer los sufrimientos de sus antiguos súbditos. Preparados así los ánimos en las provincias ocupadas por los Ingleses, la guerra se volvió á encender en Ponthieu, la Guyenne y la Picardía (1369). Duguesclin, que habia recibido el mando de las tropas y la espada de condestable, se dirigió contra Roberto Knolles, que tenia á sus órdenes las principales tropas de los Ingleses. Venciólo en el Anjou (1370), y se apoderó en seguida del Poitou, de la Saintonge y de la Bretaña (1370-1373). El duque de Anjou proseguia al mismo tiempo sus conquistas en la Guyenne, de suerte que los Ingleses no poseian poco despues mas que á Burdeos en el Mediodia, y á Calais en el Norte.

Muerte de Eduardo III. — Prosperidad interior de Francia (1375-1380). El sumo pontífice que representaba siempre el papel de árbitro de la paz en medio de estas escenas de trastorno y anarquía, contuvo otra vez mas la efusion de sangre con la tregua de Brujas (1375). Poco despues, Eduardo III y el príncipe de Gales bajaron al sepulcro. Este pereció de una

enfermedad cruel que lo aquejaba seis años habia. Su padre, abatido por los reveses y dominado por el deleite, perdió insensiblemente su gloria y fue menospreciado en los últimos años de su vida por el pueblo que lo habia idolatrado. Su concubina Alix Perrers asistió sola á su agonía, y fue solo para robarlo (1377). Carlos V se aprovechó de la muerte de su rival para buscar nuevos triunfos. Cinco ejércitos fueron enviados en distintas direcciones y alcanzaron brillantes trofeos. Duguesclin murió al pié de una de las últimas plazas que quedaban á los Ingleses en la Guyenne, delante del castillo de Bandon. Su gobernador puso las llaves de la fortaleza sobre su féretro (1380). El mismo año murió Carlos V. Este príncipe habia trabajado mucho por la Francia. Al librarla de sus enemigos, no habia descuidado el gobierno interior. La prosperidad y la abundancia se desarrollaron á la sombra de las instituciones, que le valieron el dictado de Sabio con que la posteridad lo reconoce: el arregló la hacienda, acuñó de nuevo la moneda, redujo las contribuciones y las repartió con mas equidad, disminuyó el número de empleados, favoreció la agricultura, las artes y las ciencias. Por desgracia de la Francia sucedió á un rey tan sabio otro rey imbécil.

§ III. De la Francia y de la Inglaterra durante el segundo período de la guerra de cien años (1380-1453).

Minoría de Ricardo II y de Carlos VI (1380-1389). La Francia y la Inglaterra parecian presididas por el mismo destino hasta su nuevo rompimiento. Una y otra obedecian á un rey menor. Ricardo era tiranizado en Londres por sus tres tíos, los duques de Lancastre, de York y de Gloucester, como Carlos VI en París era vejado por los duques de Anjou, de Berry y de Borgoña, que eran tambien sus tíos y sus regentes. En los dos paises provocaron sediciones las exacciones de la regencia. En Inglaterra los rebeldes fueron sectarios que, en nombre de su jefe Wiclef, pretendian la igualdad natural del género humano, y la supresion de las distinciones so-

ciales. Ricardo vió un instante muy expuesta su vida en medio de ellos, pero al cabo supo atraerlos á la obediencia con su actitud noble y digna, y la energía de su palabra. Cuando hubo apaciguado la sedición, sus intereses lo llamaron á Escocia, donde combatió por la primera vez bajo buenos auspicios (1385). Sin embargo, se vió obligado á dejar á los Estuardos en posesion del trono; y á la vuelta de su expedicion lo tiranizaron de tal modo sus tios, que tuvo necesidad de armarse de valor para que lo reconocieran como mayor (1387).

La insurreccion que inquietó á Carlos VI al norte de Francia era mas terrible que la que alarmó á Ricardo II. Los primeros sediciosos se habian alzado en Rouen, y su grito de rebelion se habia propagado por el Mediodia, en Paris y en Flandes. El jóven monarca se dirigió primero contra los Flamencos; los venció en Bosbek, y mandó dar muerte á su caudillo Felipe de Artevelle. El ejército victorioso se replegó en seguida á Francia para calmar las rebeliones que la agitaban. Los *maillotins*, que se habian sublevado en Paris en número de cien mil, fueron tratados con severidad, y los príncipes de la familia real se aprovecharon de aquella ocasion para deshacerse del abogado general Juan Desmarests. Los *tuschins* ó bandidos del Languedoc, aterrados por los horribles suplicios, se rindieron. Estos fueron los únicos triunfos del reinado de Carlos VI. Él habia proyectado una expedicion contra Inglaterra, y habia mandado reunir con este objeto muchos bajeles. Pero la torpeza del duque de Borgoña y la lentitud interesada del duque de Berry dejaron llegar la estacion de las tempestades, y la flota se perdió (1385). Irritado con esta pérdida el rey, que acababa de cumplir veintinueve años, rompió el yugo de sus tios y concluyó una tregua con Ricardo II (1388).

Fin del reinado de Ricardo II. — Demencia de Carlos VI (1389-1399). Al cabo de la minoría de los dos reyes no fueron mas felices las dos naciones. Despues de algunos años de reposo, Ricardo II se vió molestado por los discípulos de Wiclef, quienes, bajo el nombre de *lollard*, atronaban la nacion con sus fanáticas invectivas. Ellos llegaron á pretender que se

suprimiera el oficio de platero como contrario á la ley evangélica. Las intrigas del duque de Gloucester complicaron despues estos sediciosos manejos, y el rey creyó necesario apelar al ejercicio de su autoridad de un modo absoluto para poder ponerles un término. Decretó pues la muerte de su tío, y despues de haber derramado su sangre, se habituó de tal manera á verterla, que multiplicó arbitrariamente los suplicios (1397). Estas crueldades excitaron un descontento general. El duque de Lancastre, Enrique de Bolingbroke, á quien habia desterrado, mantenía relaciones con los enemigos de Ricardo, pasó el Estrechó, y lo derribó del trono (1399). El rey se vió obligado á abdicar, y en seguida lo encerraron en una prision.

Carlos VI no perdió su poder á manos de sus súbditos, pero una enfermedad grave lo privó de su ejercicio. Pedro de Craon, despues de haber atentado á la vida del favorito del rey, el contestable Clisson, se habia refugiado á Bretaña. Carlos VI pidió que se lo entregaran, y negándose á ello el duque, marchó contra esta provincia (1392). Al atravesar un bosque próximo á Mans perdió el juicio. Este acontecimiento lo volvió á poner bajo la tutela de sus tios, que acabaron de desolar el reino con su mala administracion. Carlos VI gozaba de algunos intervalos lúcidos; pero estaba tan estrechado por los que reinaban en su nombre, que jamás empleaba estos momentos mas que para aprobar todo lo que habian hecho.

Enrique IV. — Los Borgoñeses y los Armañacs (1399-1413). A la caída de Ricardo subió al trono de Inglaterra la rama de Lancastre, y Enrique de Bolingbroke reinó con el nombre de Enrique IV. Para mantenerse en él le fue preciso tener siempre la espada desenvainada. Primero se pidió el restablecimiento de Ricardo, y despues que lo condenó á muerte (1400), los Galos y los Escoceses dieron el grito de independencia. Enrique los sometió á duras penas. Sin embargo los derrotó completamente en Shrewsbury (1403). Lo restante de su reinado lo empleó en afianzar el trono para su hijo Enrique V, cuyo carácter duro y poco sumiso llenó de amargura sus últimos años.

Los consejeros de Carlos VI habian tratado de explotar esta situacion embarazosa del rey de Inglaterra, y al efecto se habia enviado un ejército á Gascuña para recobrar las plazas que ocupaban en ella los Ingleses. Desgraciadamente no estaban unidos para dirigir con acierto esta empresa. Felipe el Atrevido y Luis de Orleans habian estado siempre enemistados, aunque todo se habia limitado á intrigas de córte. Cuando Juan Sin miedo sucedió á su padre el duque de Borgoña, mostró una saña violenta contra el regente. Se habia logrado apaciguarlos, habian asistido juntos á la misma misa, habian comulgado en ella, y habian firmado un acta de confraternidad (1407). Aquel mismo dia fue asesinado el duque de Orleans. Juan se apresuró á organizar su partido, declaró públicamente su crimen, y obligó al rey á que lo aprobara, jurando que la muerte del duque de Orleans no le habia causado ningun *desplacer*. Dueño absoluto de Paris, Juan Sin miedo satisfizo al pueblo inmolando todas las víctimas que le indicó, y se dispuso á resistir á los Orleanistas levantando un poderoso ejército. Todo el Mediodia se habia declarado principalmente contra los Borgoñeses. El conde de Armañac, que dió su nombre á su partido, se puso á la cabeza de los vengadores del duque de Orleans. Ambos partidos pelearon y se entregaron á excesos horribles. Paris, dominado por la faccion borgoñesa, vió á los malhechores, á los carniceros y á los mendigos cometer infames atentados. Juan Sin miedo tuvo valor para capitanear á esta turba que se apellidaba con el nombre de *cabochiens*, y que solo tenian inclinaciones crapulosas, saturnales y sanguinarias (1411). Los Armañacs llamaron en su socorro al rey de Inglaterra. El duque de Borgoña lo supo, y se aprovechó de la noticia para animar contra ellos al pueblo ya fanatizado. Los patibulos se levantaron en las plazas públicas, y la sangre de los Armañacs corrió á marés. Pero los dos partidos se reconciliaron solemnemente en Pontoise cuando el extranjero vino á pisar el suelo francés (1413).

Enrique V. — Batalla de Azincourt y sus consecuencias (1414-1422). La borrascosa y disoluta juventud de Enrique V habia

inspirado serios temores á su padre. Pero cuando ciñó la corona, cambió de conducta, y se rodeó de los hombres graves que habian censurado sus extravíos. Trató de arreglar los asuntos del reino, calmó las sediciones de los wikefistas, y en seguida desembarcó en Francia. El parlamento de Leicester le habia concedido cincuenta mil hombres para que renovara las pretensiones de Eduardo III (1415). Desembarcó en Normandía, tomó á Honfleur, y se dirigió á Calais á través de la Picardía, para no tropezar con el ejército francés. Pero ya era tarde; cerca de Azincourt, en el Artois, le salió al encuentro un cuerpo de tropas mas considerable que el suyo. Lo que perdió á los Franceses en Crecy y Poitiers los volvió á perder en Azincourt. Precipitándose ciegamente sobre los enemigos, se sumergieron en pantanos, y los arqueros ingleses no tuvieron necesidad mas que de apuntar. Afortunadamente la falta de dinero impidió á Enrique V sacar provecho de su victoria.

Por su parte los Franceses, en vez de unirse para reparar sus pérdidas, volvieron á sus antiguas disensiones. Los Armañacs habian perdido mucha gente en la derrota, pero eran dueños de Paris. Se vengaron bárbaramente de los sufrimientos que les habian infligido los Borgoñeses. Pero estos lograron reponerse. Ile-Adam, uno de sus mejores capitanes, se introdujo con los suyos en Paris y destruyó á los Armañacs (1418). La carnicería fue espantosa. Después de estos horrores se presenciaron escenas repugnantes. La reina Isabeau de Baviera tuvo la audacia de unirse con el rey de Inglaterra en contra de los derechos de su marido Carlos VI, y de las legítimas esperanzas de su hijo, el delfín Carlos. Juan Sin miedo se apartó de esta alianza porque su noble corazon no podia soportar la idea de desmembrar la Francia. Abandonó pues á Isabeau por el delfín, y debia reconciliarse con los Armañacs en Montereau, cuando en el mismo sitio de la entrevista fue asesinado por Tanneguy-Duchatel (1419). Su hijo Felipe el Bueno juró vengar su muerte, y se pasó en su desesperacion al partido inglés. En Troyes, el rey de Inglaterra, Isabeau y el nuevo duque de

Borgoña hicieron firmar á Carlos VI, demente, un tratado que despojaba al delfin de todos sus derechos en favor de Enrique V y de sus sucesores. Catalina de Francia, la hija predilecta de Isabeau, debía casarse con el rey de Inglaterra (1420). Dos años despues de este funesto tratado, Enrique V murió en Vincennes y Carlos VI en Paris (1422).

Carlos VII. — Enrique VI (1422-1428). Parecía que la Providencia protegía á Carlos VII en medio de sus desgracias, colocando en el trono de Inglaterra á un niño de diez meses. Es verdad que este niño tenía á su lado hombres capaces de defenderlo. Su tío y su tutor el duque de Bedford, apoyó sus pretensiones con todo su talento. Él tuvo habilidad para reparar á Juan, duque de Bretaña, del partido francés y atraerlo al suyo por medio del duque de Borgoña. *El rey de Bourges*, como lo llamaban los Ingleses, se indemnizó con la alianza de Escocia que le envió tropas. Pero la esperanza que hizo nacer en el corazon de los Franceses este socorro extranjero fue muy efimera. Las armas escocesas, mandadas por el condestable Bucham, fueron batidas en Crevant y en Verneuil (1424). Estos reveses no sacaron al rey de su letargo. Él se abandonaba á los deleites y á la molicie, que es su consecuencia, en tanto que su reino se le iba de las manos. La nobleza francesa, temiendo obedecer á un Inglés, se animó ella misma. Dunois, La Tremouille, Lahire, Xaintrailles y otros valientes caballeros se encerraron en Orleans, que era el último baluarte de la Francia de Carlos VII. Ya se veía la ciudad en mucho aprieto, á pesar de su heroico valor, y ya se temía en todas partes recibir la noticia de su capitulacion, cuando el cielo suscitó la heroína de Domremy para salvar la hija primogénita de la Iglesia (1428).

Juana de Arco (1428-1431). Hija de un simple labrador y nacida en un país que apenas había sufrido los males de la guerra última, Juana de Arco tenía solos diez y siete años cuando se sintió llamar por una voz interior á hacer cesar, como ella lo decía, *la grande pena que afligia al corazon de Francia*. En Vaucouleurs y en Chinon dió pruebas indisputables de su mision, y Carlos VII la envió á socorrer á

Orleans. Su presencia entusiasmó instantáneamente á los guerreros, y logró hacer que se levantara el sitio. Ella dió gracias á Dios por esta victoria en nombre del mismo ejército, y fué en seguida á buscar al rey, ofrécíendose á llevarlo á Reims. Era menester atravesar un vasto territorio ocupado por los Ingleses, y la prudencia humana llamaba locura el proyecto de la virgen inspirada. Pero ella insistió tan vivamente, que Carlos VII la siguió y fue en efecto consagrado por el sucesor de san Remi (1429). Allí terminaba la mision de Juana. Por lo tanto pidió permiso al rey para retirarse á la cabaña de sus padres; pero el príncipe la detuvo contra su voluntad y la envió al sitio de Compiègne (1430). La traicion la puso en manos de los Ingleses, que la entregaron como culpable de herejía y hechicerías á un tribunal prevenido contra ella. El obispo de Beauvais, Pedro Cauchon, que le presidía, la declaró culpable de todos los crímenes de que era acusada, y pereció en una hoguera en medio de la plaza del Mercado Viejo en Rouen. El nombre de *Jesus* fue la última palabra que pronunció esta víctima que había sido conducida al suplicio con una coraza, en la cual iban escritas estas palabras: *apóstata, relapsa, idólatra, herética* (1431).

Expulsion definitiva de los Ingleses (1431-1453). Esta venganza miserable, que consintió Bedford, oscureció su gloria, sin atraer la victoria á sus banderas. Poco tiempo despues perdió la batalla de Gerberoy, y Richemont rompió su alianza con el duque de Borgoña. Los padres del concilio de Basilea inclinaron á Felipe el Bueno á reconciliarse con el rey de Francia en el congreso de Arras (1435). Los Ingleses no fueron comprendidos en la tregua. Sus pretensiones fueron tan exorbitantes, que Richemont resolvió continuar la guerra. Paris no tardó en abrirle las puertas, y él tuvo la gloria de llevar á Carlos VII al palacio de sus antepasados (1436). En este intervalo murió el duque de Bedford. El duque de York, que lo reemplazó, no poseía sus talentos. La division se introdujo en las filas de Enrique VI, y si los ministros de Carlos VII hubiesen sido mas activos, ellos hubieran podido

desde luego expulsar á los Ingleses. Pero el rey mismo se vió molesto un momento por la *Praguerie*, es decir, por la rebelion del delfin Luis y de los señores. Hasta calmar esta sedicion no pudo emprender de nuevo la guerra extranjera (1440). La toma de Creil, de Pontoise y otras plazas de las de Paris, alguna ventaja en la Guyenne y la Gascuna, fueron los sucesos que ilustraron de nuevo á las tropas francesas. En seguida se concluyó en 1443 una tregua que duró cinco años. Despues de espirar este plazo fueros expulsados definitivamente los Ingleses. Carlos VII, acompañado por Richemont y Lafayette, marchó contra la Normandía y la conquistó en la batalla de Formigny (1448-1450). Dunois recorrió la Guyenne, tomó á Bayona y á Burdeos, y acabó con las esperanzas de los insulares por la derrota y muerte de Talbot en el combate de Castillon (1450-1452). Así terminó la guerra de mas de cien años entre Francia é Inglaterra (1).

§ IV. De las instituciones civiles en Francia y en Inglaterra durante este periodo.

Disensiones civiles entre los dos reinos. Resumiendo la historia de estos dos últimos tiempos, se ve que Francia é Inglaterra se vieron sumamente agitadas. Los errores de Wiclef alimentaron en la Gran-Bretaña una fermentacion dispuesta siempre á convertirse en siniestas tempestades. Wat Tyler, caudillo de estos sectarios, perturbó el reinado de Ricardo II. Las ambiciones rivales que se habian disputado el poder durante la regencia lo atormentaron tambien cuando ocupaba el trono, y por último fue derribado de él

(1) SUCESION DE LOS REYES DE FRANCIA Y DE INGLATERRA : REYES DE FRANCIA : Luis X el Niño (1314-1316), Felipe V el Largo (1316-1322), Carlos IV el Bello (1322-1328), Felipe VI de Valois (1328-1350), Juan II el Bueno (1350-1364), Carlos V el Sabio (1364-1380), Carlos VI el Demente (1380-1422), Carlos VII el Victorioso (1422-1461).

REYES DE INGLATERRA : Eduardo II (1307-1327), Eduardo III el Grande (1327-1377), Ricardo II (1377-1399), Enrique IV (1399-1413), Enrique V (1413-1422), Enrique VI (1422-1469).

por los de la casa de Lancastre. Enrique IV no pensó mas que en consolidar su usurpacion, y necesitó de toda su habilidad para comprimir las sediciones que estallaron al rededor suyo. Las victorias que alcanzó Enrique V en Francia ocuparon por un momento el ánimo de los Ingleses con las conquistas exteriores ; pero cuando perdieron sus esperanzas bajo el infortunado Enrique VI, la casa de York se alzó contra la de Lancastre, y la guerra de las dos Rosas ensangrentó durante cuarenta años el suelo de la Gran-Bretaña.

La Francia fue todavia mas agitada. Despues de las correrías sangrientas de la *Jacqueria*, y los complots de Carlos el Malo y del prevoste Marcel, que perturbaron tanto el reinado de Juan II, en los primeros años de Carlos VI, se inflamó la terrible revuelta de los *Maillotins*, que ensangrentó á Paris y todas las ciudades populosas del reino. La demencia del rey puso las armas en la mano á los Armañacs y Borgoñeses, que se despedazaron en presencia de los Ingleses, entregándoles así la Francia indefensa. A Carlos VII lo libró el auxilio del cielo de todos estos males ; pero sus últimos años fueron envenenados por las tramas sediciosas de la *Praguerie*, que tenia al delfin á su cabeza.

Decadencia del feudalismo en Francia. Todas estas calamidades hicieron conocer al pueblo sus derechos y su poder, y fortalecieron la monarquía. Solo el feudalismo sufrió con ellas, y sucumbió miserablemente, conmovido como habia sido en sus cimientos en la época precedente. El trono, que lo dominaba, lo habia herido en la cabeza privándolo de la mayor parte de sus privilegios y de sus dominios; en tanto que el pueblo, con el establecimiento de las municipalidades libres, lo minaba por su base eximiéndose de su jurisdiccion. Pero aun le quedaba mucho prestigio al advenimiento de los Valois. La nobleza era muy estimada, y se creia que solo el valor de los caballeros era capaz de poner al pais á cubierto contra las invasiones. Este resto de consideracion, tan funesto á la Francia, se perdió con las derrotas de Creey, Poitiers y Azincourt. Cuando se vió á los caballeros vencidos por los arqueros ingleses, el pueblo reconoció su propia

fuerza, y la infantería ganó el primer puesto. Entonces subió la importancia del pueblo tanto como bajó la de la aristocracia. Destruída materialmente la nobleza en estas sangrientas jornadas, las propiedades de la clase media se aumentaron, las ciudades se engrandecieron, y todos los ciudadanos se elevaron á los destinos importantes. Los usos y costumbres feudales se abandonaron por el derecho civil romano; el rey confiscó en provecho suyo todo el poder judicial, y creando un ejército permanente y un tributo perpetuo se hizo dueño de todas las fuerzas materiales del reino. Así pues pudo rebajar á los vasallos que rodeaban todavía el trono, y esta fue la empresa que se hallaba destinada para el astuto, pérfido y cruel Luis XI.

Convocacion de los estados generales. San Luis tuvo la gloria de fundar las libertades públicas en Francia, consultando el primero á los ciudadanos de las ciudades populosas acerca de los negocios importantes del país. Él lo hizo así en 1256 y en 1262. Pero estas consultas particulares no pueden considerarse como el gérmen del sistema representativo francés. Su progreso y su aplicacion completa se debe á Felipe el Hermoso. Este príncipe reunió á los diputados de todas las provincias en 1302 con motivo de sus disensiones con el papa Bonifacio VIII. En 1316 se reunieron la segunda vez los estados generales para decidir acerca de los derechos de Felipe V al trono. Juan II los convocó en 1355 para pedirles subsidios. Para que se los otorgaran, se vió obligado á sancionar que en lo sucesivo no se haría cosa alguna sin consentimiento de los tres órdenes, y que el rey daría cuenta de la inversion de los tributos que se le concedieran. Durante la cautividad del monarca, los estados generales se reunieron contra la voluntad del delfín. El prevoste Marcelo logró que se declarara en ellos que en lo sucesivo no se firmaría la paz ni se haría la guerra sin el consentimiento de los tres órdenes; que la convocacion de los contingentes de guerra, los reglamentos de la moneda y las instituciones judiciales estarían sujetos á su sancion. Es verdad que no se conservaron todos estos privilegios; pero á lo menos se estableció

que los estados generales serian convocados siempre que los intereses de la nacion lo exigieran.

De los Comunes ingleses en el parlamento. En Inglaterra, las ciudades se erigieron en municipalidades casi inmediatamente despues de la conquista de los Normandos. Los primeros sucesores de Guillermo el Conquistador tenían necesidad de su apoyo para afianzar su trono vacilante. Por esta razon, Enrique I, Estéban y Enrique II multiplicaron las *cartas* en favor suyo. Pero todas ellas eran vanas promesas, y el pueblo inglés se vió obligado á conquistar su libertad con la espada en la mano. En la Carta Magna, que los señores sublevados forzaron á firmar á Juan Sin tierra, se mencionaban los derechos del pueblo al lado de los de los señores y de los del clero. Enrique III atentó á estos derechos queriendo abrogar la *carta magna*; pero halló una resistencia invencible, y desde aquel tiempo los privilegios de los pueblos se convirtieron en derechos imprescriptibles.

Entonces mismo hallaron ocasion los plebeyos de sentarse en el *parlamento*, llamados en 1264 por el conde de Leicester, sublevado contra Enrique III. Despues de haber celebrado sus sesiones en la misma cámara que los lores, formaron una asamblea aparte con el nombre de *Cámara de los Comunes*. Eduardo II reconoció que era indispensable el consentimiento de esta segunda cámara para levantar las contribuciones, y sus prerogativas se extendieron en los reinados siguientes á medida que se desarrollaban las instituciones liberales.